

## CAPÍTULO QUINTO

**Conquista del nordeste — Dominio en el mar Báltico — La Hansa Alemana — Influencia alemana en los reinos vecinos — Pérdida de Prusia — Rebelión en Bohemia — Decadencia de la Hansa — Peligros por Francia y Borgoña — El problema del doble frente.**

En sus comienzos el antiguo Reich alemán tenía como límites orientales los ríos Elba y Saale. Cuando subió al trono Carlos IV (1347), el Reich llegaba hasta el Narva y el lago Peipus. Allí se realizó una expansión, en el mismo tiempo que se suele señalar como el momento de la decadencia de la historia del Reich, de tan asombrosa extensión y de tan considerable importancia, que, con el tiempo, originó un completo desplazamiento del centro de gravedad.

Ese centro de la historia alemana, a principios del siglo XIII, se encontraba netamente en el oeste y en el sur del país, sobre la línea Colonia-Francfort-Augsburgo. Debía llegar un instante en el cual el eje se desplazaría sobre el Elba y el Oder, más o menos en la línea Hamburgo-Breslau, y hallaría su centro en Berlín, en una región que en los primeros siglos no pertenecía al Reich, ni era habitada entonces por alemanes. Este sencillo hecho geográfico suministra una aclaración más elocuente que muchos discursos sobre el significado de la expansión del territorio del

Reich hacia el nordeste. Con el comienzo de este movimiento nos hallamos en presencia de una de las épocas de más graves consecuencias en la historia alemana.

El Reich alemán pretendió en todo tiempo la soberanía sobre sus vecinos vendas más allá del Elba y del Saale. Y no habían faltado tampoco intenciones para traer más cerca del Reich a esos pueblos. El medio empleado para ello debía ser el misionero cristiano. Sin embargo, con esta política no se lograron resultados duraderos de importancia que ni fueron planeados probablemente. En el fondo, no se acarició esa idea política más que en su faz defensiva. Había que domeñar a los vecinos y con ello tornarlos inofensivos.

Una orientación enteramente distinta aparece a mediados del siglo XII. Desde esa fecha, no se trata ya de la conversión de los vendas para tenerlos como pacíficos y obedientes vecinos, sino de su sometimiento, de su máxima exterminación y de la toma de posesión de su territorio, bajo la forma de colonización. La nueva política puede atribuirse con certeza a dos hombres, que fueron los primeros en inaugurarla con buen éxito, casi simultáneamente, y que fué imitada en mayor grado por todos los interesados. Uno de ellos es el Ascanio, Alberto el Oso, margrave de la Marca septentrional sajona, quien, alrededor del año 1144, como "heredero" de un príncipe venda, se hizo dueño del territorio vecino a orillas del Havel y tomó desde entonces el título de margrave de Brandeburgo. Fué el fundador, por lo tanto, del estado brandeburgués. Mucho menos brillante es la figura del segundo, pero su influencia fué inmediata y más vigorosa. El conde Adolfo de Holstein, de la casa Schauenburg, era sólo un pequeño señor y, sin embargo, imprimió un nuevo giro a la historia de toda Alemania conquistando en el año 1140 la región de las wagríos en la costa oriental del Holstein y entregándola, tras el exterminio

de la mayoría de los habitantes, a la colonización de agricultores alemanes. Vale la pena leer las palabras, casi bíblicas, con que narra el acontecimiento un historiador contemporáneo, el párroco Helmold, de Bosau, a orillas del lago de Ploen. "Estando la tierra vacía de hombres, el conde envió mensajeros a todas las regiones, es decir a Flandes y Holanda, a Utrech, Westfalia y Frisia, para llamar a todos los que padecían de escasez de tierra, para que vinieran con sus familiares a recibir el más bello de los suelos, amplio en espacio, rico en frutos, repleto en carnes y pescados y acogedor por sus exuberantes praderas. Y él habló a los habitantes de Holstein y de Stormarn: "—¿No habéis sometido al país de los eslavos y no lo habéis comprado así con la muerte de vuestros padres y hermanos? ¿Por qué habéis de ser los últimos en tomar posesión de este país? Sed los primeros, pues, y emigrad al país anhelado y labradlo y participad de su producción exquisita, por cuanto os corresponde la mejor parte de ella, ya que vosotros lo habéis arrancado a las manos del enemigo—". A este llamado se levantó una cantidad innumerable de gente de los distintos pueblos alemanes que con sus criados y sus enseres llegaron al país de los wagríos ante el conde Adolfo, para recibir la tierra que él les había prometido". Tal fué el comienzo de la colonización alemana en el nordeste.

Lo que hizo en Holstein Adolfo de Schauenburg, lo repitió en Brandeburgo Alberto el Oso. El ejemplo que ambos dieron fué imitado por el arzobispo de Magdeburgo, por el margrave de Misnia, y hasta por los mismos príncipes eslavos en Mecklenburgo, Pomerania y Silesia. La cruzada contra los vendas (1147) con su lema muy poco cristiano: "quien no se deja bautizar, debe morir", proporcionó sitio libre, y de toda la Alemania del norte afluyeron los colonos.

Partamos hacia el Este,  
cabalgamos hacia él,  
animosos, cruzemos los brezales  
hasta dar con mejor lugar.

Así se cantaba en el lejano Flandes. El oriente recién entreabierto apareció, ante todos cuantos no hallaban sitio en su patria, como la tierra de promisión.

Las consecuencias no podían faltar. Mecklenburgo y Pomerania, Brandeburgo, Misnia —lo que fué luego el reino de Sajonia—, la región de Lusacia y Silesia se convirtieron pronto en países alemanes, en los que el eslavo fué casi totalmente absorbido por los inmigrantes alemanes.

Simultáneamente había acontecido algo todavía más importante. Con la colonización al este de Holstein el alemán alcanzaba por primera vez el mar Báltico. Las consecuencias no se hicieron esperar.

Oigamos una vez más al contemporáneo: “En eso —prosigue Helmold— el conde Adolfo llegó a un lugar llamado Buku, y halló allí el vallado de un castillo abandonado, que había construído Anto, un caudillo y enemigo de Dios, y encontró una vasta isla, comprendida entre dos ríos, el Trave y el Wakenitz... El valiente varón comenzó a edificar allí una ciudad por la favorable calidad del lugar y su puerto maravilloso y la llamó Lubeck”. Esto sucedió en el año 1143. Se había creado el primer puerto alemán en el Báltico, un año antes que Alberto el Oso tomara posesión de Brandeburgo. Pero el pequeño conde de Holstein no era el hombre apto para explotar completamente las posibilidades alcanzadas. Para ello hacía falta uno más grande, cuyo brazo ofreciera un apoyo más vigoroso, y éste fué Enrique el León, el poderoso duque de Sajonia. En el año 1157 consiguió que el conde le cediera la ciudad y sólo entonces pudo ella desarrollarse. A su crecimiento contri-



ENRIQUE EL LEÓN

Inició la reconquista del Este Alemán.

(Brunswick, catedral, estatua en su tumba)

buyó mucho que la ciudad, a la caída de Enrique el León (1180), se convirtiera en ciudad libre del Reich. No pasó mucho tiempo y desde ella ya comenzaron los alemanes a dominar todo el mar Báltico.

Este mar pertenecía hasta ese momento a otros pueblos. En su costa meridional conducía el vanda su barca, pescando y robando; lo surcaban, en la antigüedad, los suecos, luego los daneses. Ahora aparece el alemán, desplaza a los demás y el primer fruto de su labor es la fundación de una colonia alemana, en Livonia, sobre la otra orilla del Báltico.

Misioneros y comerciantes ya habían señalado anteriormente ese camino. En el año 1201 se realizó, con la fundación de la ciudad de Riga, la colocación de una firme cabecera de puente, por la cual se podía llegar a dominar y conquistar la región. Fué obra de un eclesiástico fundador de estados, Alberto de Bremen, quien, en su calidad de obispo misional de Livonia, creó en breve tiempo la nueva colonia. Ya en 1225 pudo efectuarse la organización definitiva del país.

Por aquel entonces parecía que iba a desaparecer la metrópoli, desde la cual se había fundado la colonia citada. Como los daneses se habían retirado a regañadientes ante el avance de los alemanes, se esforzaron en reconquistar el terreno perdido, y por un instante pareció que todo lo conquistado debía pasar a poder de los envidiosos vecinos. Aquí también el enemigo de la nacionalidad alemana pudo hacer un juego fácil, por ser la época de lucha por el trono entre los Hohenstaufen y los Güelfos. Valdemar el Victorioso se adueño de Holstein, Mecklenburgo y Pomerania; Lubeck y Hamburgo se le sometieron, y hasta se presentó allende el mar como rival de los alemanes: hubo que cederle a Estonia y construyó en Reval su castillo regio. Pero

contra él se levantaron, por fin unidos, todos los vecinos alemanes, y en la batalla de Bornhoevede (en 1227) la grandeza danesa encontró su fin. Dinamarca fué puesta fuera de combate por largo tiempo.

Desde mucho antes había aparecido un tercer candidato a la posesión de las costas del Báltico: los polacos, que aspiraban a apoderarse del territorio prusiano y del curso inferior del Vístula hasta el puerto de Danzig. Sus propias fuerzas eran, sin embargo, insuficientes; por eso el duque Conrado de Masovia llamó al país a la Orden Teutónica. Ésta llegó (en 1230), se arraigó en Prusia, pero dejó a un lado al polaco y se hizo conceder el territorio por el emperador Federico II. Y mientras paso a paso conquistaba a Prusia en duras batallas y abría la puerta a la colonización alemana, se convirtió en tierra alemana toda la costa meridional del mar Báltico. Ya en el año 1252 se había alcanzado en Memel el punto más oriental; Danzig fué arrebatada a los polacos en el año 1309. Hacia 1240 la Orden Teutónica había entrado a su vez en Livonia, y, cuando en 1346 logró comprar también Estonia al rey danés, la soberanía alemana se extendió ininterrumpidamente a lo largo de todo el mar, desde el Elba inferior hasta el lago Peipus y el Narva.

El valor de estas nuevas conquistas no reside solamente en el aumento de espacio vital ganado de esta manera para el pueblo alemán, sino también, y no en menor grado, en el dominio de una de las principales vías de tráfico. Cuando Alemania en el curso del siglo XIII se convirtió en un país de ciudades, es decir, de comercio y de industria, cuando en el territorio recientemente incorporado florecieron, como en la patria, numerosas ciudades, se pudo ver en ello una lógica influencia del tráfico comercial que se abrió

a los alemanes en el Báltico desde comienzo del siglo y que con el correr del tiempo cayó totalmente en sus manos.

La Edad Media, es decir, el período que llega hasta el descubrimiento de las nuevas vías marítimas transoceánicas (1), no conoció más que dos arterias capitales del comercio mundial. Una de ellas atravesaba el Mediterráneo, la otra llegaba desde el Báltico al Mar del Norte. Aquella traía al occidente las mercaderías del Asia occidental y de las Indias; ésta permitía el intercambio con las vastas llanuras de Rusia. Si bien esta última existió mucho tiempo antes, sólo llegó a ser realmente eficaz cuando comenzó la conquista de la costa báltica por los alemanes. No se debe juzgar su importancia político-económica por lo que el tráfico del mar Báltico haya sido en tiempos recientes; disminuyó hasta hoy cada vez más frente al voluminoso comercio transoceánico. Sin embargo, antes de que se abrieran estas nuevas rutas, puede muy bien colocarse su valor muy cerca del que tuvo el Mediterráneo. Una gran cantidad de las materias primas más necesarias se conducían hacia occidente por el Báltico, sea desde sus regiones costeras —Prusia, Polonia, Livonia y Suecia—, sea desde el enorme "hinterland" ruso: granos, lino, cáñamo, cera, miel, manteca, cueros, grasa y sebo, maderas, resinas, alquitrán, cenizas, hierro, cobre, pieles, y finalmente —para nombrar por último un producto principal— pescado. A la inversa, los países del Báltico constituían un excelente campo de

(1) Estos descubrimientos, realizados todos por España en la epopeya más trascendental de la historia de la humanidad, son: La primera travesía del Atlántico y el descubrimiento de América (12 de octubre 1492); descubrimiento del Océano Pacífico (25 de septiembre 1513); y el primer viaje de circunnavegación de la Tierra con el descubrimiento de Oceanía (1519-1522); hechos que señalan el comienzo de la Edad Moderna, con la apertura de los Nuevos Mundos a la civilización y de nuevas rutas al intercambio cultural y comercial. (N. del T.).

colocación para los productos industriales del oeste, sobre todo los paños, la sal y el vino y todo lo que procediera de oriente por intermedio de los países de occidente y del sur.

Ahora bien, los alemanes, desde el siglo XIII, supieron apoderarse casi totalmente de este poderoso intercambio; son el comerciante y el navegante alemanes quienes llevan las mercaderías del este al gran mercado mundial de Flandes y allí toman la carga de retorno que espera el este. Con firme unidad, con actividad conjunta, supieron obtener casi el monopolio del mercado ruso. Ninguna otra nación podía competir con el mercader alemán en Novogorod, a orillas del lago Ilmen, y el dominio del comercio ruso le asegura a su vez el predominio en los países occidentales, donde logra también una posición de preferencia.

Es notorio que precisamente de la unidad de los comerciantes alemanes en los mercados extranjeros y de la representación común de sus intereses, nació con el tiempo una liga de las ciudades alemanas que tomaban parte en el tráfico en el mar Báltico: *la Hansa alemana*. Nadie puede indicar el año de su nacimiento; nunca fué "fundada", nunca fué "disuelta"; nació por sí sola. A mediados del siglo XIV se nos presenta, ya formada como una liga que incluye casi todas las ciudades de la Alemania septentrional, juntamente con las colonias, desde Kampen, en el Zuidersee, hasta Reval, en la bahía finlandesa, y no solamente las ciudades costeras sino también las del interior que dependían del tráfico con esa costa. Su finalidad no es otra que mantener el dominio alemán de la navegación y del comercio en el Báltico. Se la ha estimado a menudo exageradamente al atribuirle intenciones que no perseguía ni podía perseguir, y hasta se esperó de ella algo así como el que pudiera suplir a la inexistente gran potencia del Reich, o brindara un núcleo creador para una

nueva organización con la base de las ciudades y la burguesía. Tal idea jamás se les ocurrió a los hanseáticos; estaba muy por encima de su horizonte. Tenían a la vista única y exclusivamente su interés comercial y hubieran considerado como pretensión inadecuada y gravosa el anteponer a este interés otra finalidad, nacional o política. Tampoco estaban organizados en forma tan unida y firme como puede parecer a distancia; por el contrario, los intereses especiales de cada uno tenían también entre ellos tanta importancia que entorpecían con demasiada frecuencia su actividad. Por último, la Hansa carecía sobre todo de fuerza coercitiva sobre sus propios miembros; se fundaba totalmente en la libre cooperación voluntaria. Por eso, la Liga sólo podía mantenerse no imponiendo a los diversos miembros exigencias muy grandes de sacrificio y subordinación. La existencia de la Liga reposaba finalmente sobre la modestia de sus fines políticos y de sus empresas; cualquier política activa elevada, la hubiera deshecho.

Una sola vez en su larga historia se presentó como un conjunto, actuando políticamente en gran estilo. Esto sucedió cuando el rey Valdemar IV de Dinamarca, el reconstructor del reino danés, trató de cortar de raíz el comercio alemán del Báltico quitándole su punto de apoyo en Gocia y Escania. Entonces se reunieron en el año 1367, todas las ciudades confederadas de la Alemania del norte en número de 43, desde Dordrecht hasta Reval, en la Confederación de Colonia; iniciaron conjuntamente la guerra y obligaron a Dinamarca a someterse con la paz de Stalsund, en 1370.

Con esta victoria no sólo quedó asegurado a los alemanes el comercio del Báltico, sino que también se logró políticamente una evidente hegemonía sobre los países vecinos del norte. En las luchas que se siguieron por las